

LAS CALLES DE LIMA.

Nadie puede dudar que las calles desde la mas remota antigüedad han sido hechas para el desahogo, para la comodidad y para la distraccion y entretenimiento de los vecinos de las poblaciones. Esta es una verdad que esta fuera de toda discusion ó controversia. Quizà nadie haya escrito una palabra sobre ella, y no obstante, puede decirse con toda seguridad, que es una cosa *pasada ya en autoridad de cosa juzgada*. Sin las calles ¡Dios mio! ¡que espectáculo, que diversiones podrian verse jamas? que reuniones, que concurrencias públicas, que paseos, ni que procesiones? Todo el mundo viviria aislado, triste, melancolico, abandonado á si mismo en medio de una soledad insipida, fastidiosa, abominable. Los hombres.....¡Oh! los hombres se moririan sin remedio en cuatro dias; porque, acostumbrados como estan á una locomocion continuada, y á esa actividad de que tanto necesitan por su propia naturaleza se irian consumiendo lentamente en fuerza del disgusto que trae consigo una vida tranquila y sedentaria. El bello sexo reducido á ocultar sus gracias y sus primores entre las paredes estrechas de un recinto perderia todo su influjo, toda esa fuerza majica con que sabe encadenar los corazones.....No existiria la sociedad; no habria encantos, no habria atractivos de ninguna especie para los individuos; y una disociacion completa é inevitable seria tal vez el resultado.....¡Ah! ¡que cuadro tan triste, tan desconsolador, tan afflictivo! Apartemos la vista de él, y demos gracias á Dios de que tenemos calles en Lima para pasearnos, y para gozar de ellas; y no como quiera sino que son unas calles que convidan á pasear al hombre mas recoleto, porque son tantas las *comodidades* y las *conveniencias* que

presentan á los transeuntes, que me temo que los afanes y desvelos que la Policia se toma a este respecto han de venir á causarle una pulmonia, de aquellas que suelen dar al traste con la vida, y aun con los trastes del que la padece. ¡Que lisonjera perspectiva se deja ver por todas partes! ¡Cuanto gusto, cuanta satisfaccion en los semblante de los que van y vienen! Por allà vá un pisáverde almirado perfumando la admosfera con sus esencias, y un negro enorme con una batea de manteca en la cabeza acaba de disputarle la acera y mancharle el sombrero de castor de *Water proof*. Mas adelante una señorita que iba distraida, con la vista fija en su amante que pasaba al mismo tiempo por el frente y en direccion contraria, recibió un encontron casual de la mula de un repartidor de pan que caminaba á toda prisa, y que dandole con los capachos de lleno sobre las posaderas, que segun lo visto le costaban su dinero, se las derribó en el suelo sin ceremonia. De este otro lado se advierte a la puerta de una tienda oscura una gran paila de chicharrones puesta sobre tres ladrillos á guisa de fogon, y ocupando con su volumen media calle, y llenando de humo y ceniza la otra media; de modo que para pasar por alli es menester tomar la vereda opuesta, y contener el resuello por algunos minutos. Al torcer por la calle de la izquierda un pobre anciano cuya vista no era de las mas perspicaces se há sacado un ojo con la caña de un toldo que tiene puesto alli una frutera para que no se le asoleen las naranjas, y que se sale mas de dos varas ácia fuera; y al huir el cuerpo ácia atras en fuerza del dolor puso por desgracia un pié sobre algunas cascarras de platano que sin duda un maldito muchacho debió dejar alli regadas por el sue-

lo despues de comerse la fruta, y fué rodando inevitablemente hasta dar con las narices sobre las de un perro gigantezco que yacia dormido alli cerca, y quien en cambio de este inesperado cumplimiento le devolvió un par de mordizcones que casi, casi lo dejan desnarigado. Mire U. señor lector á aquella madamisela que vá por el extremo de la derecha ¿no parece que fuera bailando un paspié? pero no crea U. sino que ese es efecto del delicioso enlozado de nuestras calles que convidan á bailar. En donde podria encontrarse un piso mas comodo, mas agradable? ¡Ah! esos malditos franceses que se han apoderado sin saber como de toda la calle de Mercaderes, y nos han *descompuesto* las veredas, sin mas motivo que por ese espiritu de novedad y de reforma, que es el movil de todas sus acciones!... ¡que jente! Y luego admita U. franceses aqui... ¡Ola! Por aquel balaon verde de celosias a la antigua acaban de botar á lo menos cuatro azumbres de una agua de varios colores, grasienta y mefítica, que há bañado de pies a cabeza á un mosalvete que pasaba á la sazón, y que vá jurando y maldiciendo como un carretero. ¡Va!game Dios! y que hermosa laguna tenemos en aquella calle de mas allá. ¿Quien pasa por ahí? Nadie: es menester cuando menos rodear dos o tres cuadras; cosa que, por cierto, cuesta muy poco, y mucho mas al que tenga algunos callos. ¿Y habrá con todo esto quien asegure que las calles de Lima no son comodas y agradables: y que no son un manantial perenne de placeres, de satisfacciones, y de contento para los que las transitan?